

Universidad razonable

JULIO ALMEIDA *

En 1930, en un memorable ensayo que aún se lee con provecho, Ortega publicó *Misión de la Universidad*. Por aquel entonces el acceso a los estudios universitarios era muy raro. Lo era, por lo pronto, porque tales estudios se nutrían de una escuela primaria que aún no daba la talla europea de la generalidad; el instituto de cada capital de provincia era menos culminación de una escuela mínima que sala propedéutica de la universidad para cuatro gatos estudiosos. Como se sabe y se olvida, la escuela se ha generalizado en Europa desde fines del siglo XIX, y en Estados Unidos, como vio Tocqueville, casi desde su origen. Pero en España llegamos a 1950 con una tasa de escolaridad del 50 por ciento: la misma que en 1880. Verdaderamente,

“España ha solido vivir por debajo de sí misma”, como escribe Julián Marías en *Meditaciones sobre la sociedad española* (1966). Que la universidad fuese más accesible para los varones tampoco sorprende demasiado. El curso 1929/30 había en las universidades españolas (informa Miguel Cancio) 33.557 estudiantes, de los cuales 1.744 eran mujeres, apenas un 5 por ciento. Los dos millones de niños sin escolarizar de 1950 se reducen a uno en 1960. Entre 1962 y 1968, siendo ministro de Educación y Ciencia Manuel Lora Tamayo, el número de alumnos en la enseñanza primaria aumentó en un millón, anota Juan Pablo Fusi. No sin razón, algunos maestros veteranos entienden que en aquella década prodigiosa nuestra escuela entró en el siglo XX. En los años

60 iba a ser total, para empezar, y la ley de Educación de 1970 proclama la educación general básica. Aleluya. *Last but not least*, los sueldos de los maestros, tristemente célebres, subieron con justicia de unas increíbles 16.920 pesetas anuales —que Lora, en 1963, casi triplica con un emolumento de 24.000— al digno cociente multiplicador 3,6. Lo que sigue es presente de indicativo.

Cuando sabemos que la enseñanza primaria se completó hace algo más de un cuarto de siglo; que la secundaria, con retraso notorio, va a trancas y barrancas por ese camino inexorable, y que los estudiantes universitarios son un millón y medio, es fácil advertir que hemos pasado a otro orden de magnitud, que hemos cambiado a otro género. Si hace medio siglo la mitad de los niños españoles carecían de asiento escolar, peor en el sur que en el norte, hoy se matriculan en la universidad hasta un tercio de las cohortes correspondientes, es decir, de los jóvenes entre 18 y 23 años. En plazo tan corto, cifras normales europeas; en la universidad, incluso destacamos (cuantitativamente, se entiende). ¿Hay quien dé más? Ahora bien, los bisabuelos de los escolares franceses fueron a la escuela en su totalidad, pero ¿los padres de los coetáneos españoles...? Son historias un poco distintas.

Así las cosas, se comprende que el fracaso escolar de los españolitos sea mayor que el acostumbrado por el mundo adelante. Ellos nos llevan cierta ventaja, y cabe suponer que algo habrán aprendido a lo largo de varias generaciones familiarizadas con las aulas, algún capital cultural habrán acumulado. Quiero comentar la pequeña revolución que puede significar la nueva contabilidad de los nuevos créditos europeos.

Llevamos un decenio largo con años académicos que cuentan con una carga lectiva de entre 60 y 90 créditos. Como el crédito ha significado diez horas de clase y el curso se desarrolla en 30 semanas lectivas, una

asignatura de nueve créditos se ha venido “cumpliendo” con tres horas semanales. Hubo carreras que se acercaron más a 90 que a 60 créditos, considerando con error que cuantas más horas, mayor credibilidad, y los horarios se dispararon peligrosamente hasta el límite de las treinta horas lectivas semanales. Antes de la legislación vigente, hubo horarios aun mayores, horarios que podríamos calificar de totalitarios y que muchos se creen. Por extrañamiento que parezca, nadie piensa en el estudio reposado, en las horas tranquilas e incontables que hay, que debe haber, tras las “horas presenciales”, y los estudiantes han vuelto a sentir en sus carnes la desorganización organizada desde arriba, como solía decir Joaquín Costa. Yo lo llamo desde 1991, cuando el nuevo terror asomaba en el horizonte, la sobrecarga como método. Un espanto.

Nuestro tema, nuestro problema es el de la cantidad, que los escolásticos llamaban accidente radical, *accidens radicalis*. Nuestro problema pavoroso e inveterado, que no se ha querido ver, es precisamente que las carreras universitarias se han sobrecargado siguiendo una inercia irresponsable; muchos estudiantes no saben ni las asignaturas que han cursado; quiero decir sus nombres. Y la sobrecarga viene de atrás. Si Ortega, en 1930 (ya veinte años de catedrático), pide partir del estudiante medio; si quiere como primera providencia una poda, porque la universidad se ha convertido en bosque tropical, medio siglo después, cuando Julián Marías pronuncia la lección inaugural de la “Cátedra José Ortega y Gasset” de Filosofía Española en la Universidad Nacional de Educación a Distancia —titulada evocadoramente “La nueva misión de la Universidad”—, insiste en ello. En esta lección de 1980 (que puede leerse al final del tomo IX de sus Obras) reitera la necesidad de partir del estudiante medio, pero con noticias nuevas que nos resultan familiares. Quien se ha definido como escritor español y profesor americano, recuerda los planes de bachillerato que fueron

vigentes en España durante mucho tiempo. Los ha leído cuidadosamente y afirma con su habitual valentía: “El que supiera el contenido de esos cuestionarios de bachillerato se podría licenciar holgadamente en Filosofía y Letras y en Ciencias, y en varias secciones. Díganme ustedes si esto es posible. Díganme ustedes si tiene sentido.” Naturalmente, esto no es posible ni tiene sentido alguno. En rigor, es contraproducente.

Esta es la cuestión, esta es la desmesura que no empieza en la universidad, sino antes. Nuestros estudiantes fracasan demasiado por eso: por las pretensiones infatuadas. En la enseñanza secundaria, en cursos reducidos a unos 160 días lectivos, los profesores afirman sin faltar a la verdad que sus discípulos (cada año más medianos y más adinerados) carecen de los conocimientos estipulados; carecen también de normas, de civildad, de educación moral. Pero son demasiadas carencias, ¿no? Y en la universidad el proceso continúa, y la legislación que se anuncia va por fin a considerar que el escolar, al cumplir los dieciocho años, es mayor de edad y se convierte en estudiante; debe estudiar por su cuenta y riesgo..., si lo dejan. A mi entender, las asignaturas infinitas, los horarios excesivos, tienen mucha culpa de que haya tanto fracaso. Cuando salen a Francia, a Alemania o a otros países, nuestros estudiantes temen desmerecer de sus coetáneos franceses o alemanes, pero ese temor, por fortuna, no suele confirmarse porque se encuentran con dosis menores; también con clases más pequeñas y cursos más prolongados.

Ya la reducción a 60 créditos anuales implica necesariamente que éstos podrán ser creíbles. Las carreras de tres años —Magisterio, por ejemplo— quedarán muy bien, porque haremos en cuatro años lo que ahora comprimimos en un trienio. Ya si nos quedamos con algo menos de veinte horas de clase semanales, bastará para que mejore nuestra enseñanza universitaria. (La tentación siguiente, en la que no debemos caer,

es poner toda la carne en el asador de tres días lectivos confusos y profusos: de esa manera, la arritmia está asegurada.) Porque los créditos indican que las horas de clase son tantas, pero las horas totales, ¿cuántas? El crédito superior europeo calcula que 25; por tanto, no sólo 10 horas lectivas, sino más del doble en realidad. Por fin la Unión Europea va a proceder con cuenta y razón; por fin no será posible imponer asignaturas como churros, olvidando el estudio subsiguiente (la labor subterránea de minero, de Ortega). Tantos créditos superfetatorios ocupan casi todo el día y desalojan —nuevo principio de Arquímedes— el interés del estudiante en proporción a las barbaridades establecidas. ¿Pues no son nuestros bachilleres menos aficionados a la lectura, dicen, que cuando terminaban la enseñanza primaria? ¿Cómo se produce tamaña obliteración de los doce a los dieciocho años? Algunos alumnos parecen haber hecho voto de ignorancia y se diría que no les va tan mal.

En fin, la imposible credibilidad de créditos tan numerosos, de asignaturas tan variopintas — troncales, obligatorias, optativas, de libre configuración—, ha venido a dar ahora con un joven sin entusiasmo, con una extraña criatura que ha crecido sin padre en casa y sin director profesional en la enseñanza pública, pero que maneja dinero, como no dejan de observar sus coetáneos de fuera. Salvas algunas excepciones, se trata de varones y mujeres más imbuidos de sus derechos que de sus deberes, por lo que adolecen de una moral estupefaciente. Si no fuese imposible, porque la conciencia moral no se puede perder, yo diría que se la han ablacionado, como quitan a esas niñas africanas sus partes íntimas. Los pocos alumnos preseleccionados de otras épocas, con menos dinero y padres más presentes, teníamos que hacer de la necesidad virtud, aunque no pudiéramos con todos los niveles oficiales. En cambio los muchos estudiantes de hoy, con menos penas económicas y más horas de basura televisiva en su haber espiritual, se estrellan con

unos estudios imponentes (lo que tampoco parece inquietarlos) y todos corremos el peligro de actuar como funcionarios de una farsa.

Son problemas graves de ahora, que afectan a mucha gente; problemas que se han enconado por no haberse planteado bien en su momento, pero que vienen de atrás, cuando éramos muy pocos. En 1933 piensa Ortega: “Porque la actividad misma, el hacer que la pedagogía regula y que llamamos estudiar, es en sí mismo algo humanamente falso, acontece lo que no suele subrayarse tanto como debiera, a saber: que en ningún orden de la vida sea tan constante y habitual y tolerado lo falso como en la enseñanza.” Y el maestro de la autenticidad lo había visto mucho antes. Cuando terminaba el bachillerato en 1897, con catorce años, el “emperador dentro de una gota de luz” ya le había comentado a su hermano mayor Eduardo: “Esa enseñanza que no enseña y esa educación que no educa...” (Puede verse la reciente biografía de Los Ortega, de su hijo José Ortega Spottorno.) Habiendo estudiado en el selecto colegio de jesuitas de Miraflores de El Palo, en Málaga, el testimonio tiene valor especialísimo. Son las mismas palabras que publica en *La Nación*, de Buenos Aires, el 23 de abril de 1933 en una lección “Sobre el estudiar y el estudiante” (OC, IV, 552).

A decir verdad, profesores hay que no quieren dar lo que poseen; discípulos que comparecen extraviados e impermeables ante profesores de buena voluntad; enseñanzas cuyo volumen excede las capacidades de unos y de otros; organización inverosímil. Encuentros y desencuentros. Pero si “la Universidad es el intelecto —y, por lo tanto, la ciencia— como institución”, debemos mantener la esperanza y no confundir la calidad inteligente con la cantidad inadmisibles. Con la nueva contabilidad europea, podremos entrar en razón.